



## Introducción al narcisismo (Sigmund Freud, 1914).

### Algunos comentarios<sup>1</sup>

Augusto Abello Blanco<sup>2</sup>

*Instituto de Psicoterapia Relacional, Madrid, España*

Se revisan algunas ideas de Freud dentro de su ensayo de 1914, ideas que llevan a pensar al narcisismo infantil como un estadio en el que estarían aseguradas un conjunto de benignas condiciones. Se propone pensar esa etapa como susceptible de muchas salidas posibles, entre las que se encuentran algunas menos afortunadas que las propuestas por Freud. También se recogen algunos datos de la infancia de Freud, de algunos rasgos de su madre y del vínculo con ella para preguntarnos qué relación pudo existir entre sus vivencias tempranas y la posición teórica antes comentada en relación al narcisismo infantil.

**Palabras clave:** Narcisismo, Freud.

Some of Freud's ideas, within his 1914 essay, are revised, ideas that make us think of infant narcissism as a stage in which a set of benign conditions are guaranteed. It's proposed that this phase is susceptible to many possible outcomes, among which some are less fortunate than those proposed by Freud. Some data regarding Freud's infancy were collected, some of his mother's characteristics and his bond with her, in order to question the possible relationship between his early experiences and his theoretic position regarding the afore mentioned infant narcissism.

**Key Words:** Freud, Narcissism

**English Title:** Introduction to Narcissism (Sigmund Freud, 1914). Some Comments.

**Cita bibliográfica / Reference citation:**

Abello, A. (2008). Introducción al Narcisismo (Sigmund Freud, 1914). Algunos comentarios. *Clinica e Investigación Relacional*, 2 (1): 34-40. [ISSN 1988-2939]  
[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/Volumen21Mayo2008/tabid/355/language/es-ES/Default.aspx>]

Como han afirmado muchos analistas, estamos ante uno de los artículos centrales en la evolución del pensamiento psicoanalítico.

El concepto de narcisismo se ha equiparado al de identificación por el peso conceptual que implica y por la cantidad de caminos que deja abiertos a partir de su instauración. Destacan como temas que precipitaron este trabajo la homosexualidad (en relación con el ensayo sobre Leonardo da Vinci, de mayo de 1910) y los estados psicóticos, interés observable en el análisis que hace Freud de las memorias de Schreber en 1911.

En el artículo que comentaré Freud tiene la intención de resumir, clarificar y sistematizar aspectos que había ido adelantando en escritos anteriores. Como se ha señalado, es un trabajo comprimido, tiene muchas líneas principales, cada una de las cuales podría haber conformado un artículo en sí misma. El desarrollo conceptual del término narcisismo convive con las críticas que Freud quiere dejar sentadas contra C.G. Jung y contra A. Adler para cerrar las controversias abiertas en relación a conceptos fundamentales, el concepto de “libido no sexual” en el caso de Jung y el de “protesta masculina” en el de Adler.

Otro aporte de máximo interés es todo lo que aquí aparece en torno al ideal del Yo, concepto que acabará conformando -junto a otros- el Superyó como instancia. (en “El yo y el ello”, 1923)

Respecto a lo central del ensayo -el estudio del narcisismo y su introducción en la teoría psicoanalítica- habría que decir que el concepto es definido desde diferentes posiciones y adquiere -como señala Willy Baranger<sup>3</sup>- hasta nueve sentidos diferentes. Sentidos que se pueden resumir en tres grupos: los que inciden en el narcisismo como estadio evolutivo y a las vicisitudes y formas de la libido, un segundo grupo reuniría a los sentidos ligados al objeto y a la elección de objeto y en el último grupo aparecen las extensiones del concepto: actitudes narcisistas, rasgos de carácter, valorización y desvalorización del sujeto o de un aspecto del sujeto, lo que se reúne normalmente bajo la idea de autoestima.

Las contradicciones y ambigüedades en relación con algunas de sus definiciones han sido muchas, generando cierta confusión teórica.

Dicho esto, se entenderá que este comentario se refiera solamente a un recorte entre las múltiples temáticas que podrían abordarse.

Este comentario gira en torno a la idea, ya señalada por otros analistas, que indica que Freud da por supuesto una cantidad de asuntos en relación al narcisismo -en especial al narcisismo infantil- que deberían repensarse y -eventualmente- ampliarse o matizarse. Esta idea se verá complementada con apuntes sobre algunas de las posibles razones que llevaron a Freud a establecer esos supuestos.

El supuesto a debate -tal y como lo he entendido- indica, según lo plantea Freud, que todo bebé pasará -inexorablemente- por un estadio en el que será objeto de una especial investidura desde sus vínculos fundamentales (especialmente desde la figura de la madre) con unas características muy determinadas, que junto a un ambiente facilitador del desarrollo le permitirían sentirse como “su majestad el bebé” (His Majesty the Baby<sup>4</sup>). Un lugar que el propio Freud define como aquel en que “no debería tener existencia la enfermedad, la muerte, la renuncia al goce ni la restricción de la voluntad y ante el cual las

leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar”. (p. 88),

En otra cita Freud aclara: “Su Majestad el Bebé tiene la misión de cumplir los sueños; los irrealizados deseos de sus padres: el varón será un gran hombre y un héroe en lugar del padre y la niña se casará con un príncipe como tardía recompensa para la madre” (pág. 88)

Esta idea tendrá consecuencias de gran calado en el desarrollo de todo este ensayo y de buena parte del cuerpo teórico del psicoanálisis. El narcisismo así concebido tendrá un impacto relacional de gran envergadura, Freud comenta: “...con particular nitidez se evidencia que el narcisismo de una persona despliega gran atención sobre aquellas que han desistido de la dimensión plena de su narcisismo propio y andan en requerimiento del amor del objeto; el atractivo del niño reside en buena parte en su narcisismo, en su complacencia consigo mismo...” (p. 86).

Veremos a lo largo de todo el trabajo de Freud que esta posición no se pone en duda, no admite grados, no hay otros supuestos en los que su majestad el bebé pueda ser un bebé plebeyo o, incluso, un bebé desamparado.

Otros autores han querido revisar este supuesto para proponer -como lo ha hecho D.W. Winnicott- que no en todos los casos ocurren las cosas como Freud las describe y que lamentablemente no hay garantía de que ese conjunto de complejas operaciones -tanto intrapsíquicas como intersubjetivas- que llevan a investir al bebé de manera tan especial estén siempre -y en todos los casos- disponibles. Una cita del propio Winnicott lo dice de manera elocuente: “Si bien todo niño o niña que viene al mundo con vida trae en su pañal, por así decir, el cetro de un primer ministro, ese cetro puede permanecer como algo que podría haber sido pero no fue”. En otra cita algo más comprometida el analista inglés dirá: “A primera vista parecería que gran parte de la teoría psicoanalítica trata sobre la niñez temprana y la infancia, pero en cierto sentido puede decirse que Freud ha desatendido la infancia como estado”<sup>5</sup>. No debemos olvidar al leer estos comentarios que Winnicott compatibilizó su trabajo como psicoanalista con el ejercicio de la pediatría a lo largo de más de 40 años. En este mismo sentido, años más tarde, Joyce Mc Dougall dirá: ...”cabe señalar que Freud no dejó mucho espacio para que pudiera desarrollarse la idea de que las cosas podrían ir mal entre la madre y su hijo, convencido como estaba de que el periodo de la infancia constituía la base nostálgica para la creencia en el Paraíso”<sup>6</sup>.

En contraste con este supuesto de Freud vemos como el Profesor Morrison, en la línea de Kohut, Winnicott o Mc Dougall, -entre otros autores- se sitúa en otra posición, que amplía el horizonte desde el que podemos pensar fenómenos de enorme importancia -la vergüenza por ejemplo o más específicamente lo que él llama “la línea de desarrollo para la vergüenza”- y desde esa posición Morrison revisa exhaustivamente todo el universo que podemos llamar -como hicimos en su día con Ariel Liberman- “la clínica de lo que podría haber sido pero no fue”, universo ligado íntimamente a la relación con los otros -y con las figuras parentales fundamentalmente- en los inicios de la vida del sujeto.

En el artículo de Freud, objeto de este comentario, encontramos algunas hipótesis de cómo el bebé alcanzaría este dichoso estado narcisista:

“El conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que la resurrección del narcisismo de los padres, que en su transformación en amor de objeto revela inequívoca su prístina naturaleza” (p. 88)

Del movimiento descrito se podrían señalar varios aspectos:

-Se da por supuesto un “conmovedor amor parental”

-Se da por supuesto que existe en los padres un narcisismo que al ser depositado en sus hijos –en nombre del citado amor parental- da lugar parcialmente al nacimiento de “Su Majestad el bebé”

-El trasvase del valor narcisista tiene lugar en el marco de una relación, es evidente, entonces, el sello relacional de todo este movimiento.

Tal es la convicción de Freud en este movimiento y en su eficacia que en la página 86 comenta que aun en el caso de mujeres narcisistas, “las que permanecen frías hacia el hombre, se produce un giro esencial cuando en el hijo que dan a luz se enfrentan a una parte de su propio cuerpo como un objeto extraño al que ahora pueden brindar –desde su narcisismo- el pleno amor de objeto<sup>7</sup>”.

Nuevamente podríamos revisar algunos supuestos que la idea lleva aparejada:

-Que al ser “una parte de su cuerpo” lo que la madre ve ante sí misma está garantizado que podrá narcisizar a su bebé.

-No se contempla la posibilidad de que ese bebé no sea investido amorosamente o que incluso sea vivido con rechazo.

En palabras de Winnicott, Freud piensa que la “preocupación maternal primaria” está garantizada.

También se da por supuesto que se pueda llegar al “pleno amor de objeto” partiendo desde esa posición narcisista inicial. Este esquema impide comprender una importante cantidad de casos que van desde aquellos en los que los bebés no sienten nada parecido a la condición de Su Majestad -y pueden sentir más bien todo lo contrario- hasta aquel en que la madre se deshace de su bebé nada más nacer.

Una amiga, ajena al mundo “psi”, bibliotecaria para más datos, al preguntarle yo por cómo le iba con su hijita de pocos años, me contestó: “...la verdad que muy bien...es que mi hija me cae fenomenal!” Me di cuenta que ella es de las pocas personas que son conscientes que esa conexión madre-infante, que ese vínculo amoroso primario no está garantizado. Ella, con su respuesta, dejaba otra posibilidad abierta -tan terrible como real-: que el hijo o la hija “no les caiga bien a los padres”, serían todos los casos en los que por multitud de variables los niños no pudieron ser bien recibidos, que es como decir: todos los niños que no tuvieron una función de madre suficientemente buena ni un ambiente facilitador en su desarrollo temprano.

Encontramos en el trabajo que comentamos una interesante propuesta alrededor de cómo se constituye el sentimiento de sí -o autoestima-, un asunto que, como sabemos a través de la clínica y de nuestras propias experiencias, tiene repercusiones importantes en el equilibrio vital de todos nosotros.

En la página 97 leemos: “...una parte del sentimiento de sí es primaria, residuo del narcisismo infantil; otra parte brota de la omnipotencia corroborada por la experiencia y una tercera de la satisfacción de la libido de objeto”

Parece evidente que los tres componentes tienen –o han tenido en algún momento del desarrollo- el sello de lo relacional, toda vez que en su origen fue con el auxilio de algún tipo de vínculo con los padres –o con sus subrogados- que se constituyó el narcisismo infantil, que se pudo corroborar aspectos de la omnipotencia y, de manera más clara, que se ha sentido satisfacción con el objeto.

Ya nos hemos referido al carácter incuestionable que Freud le otorga al narcisismo

infantil. Merece la pena decir que el segundo elemento antes expresado -la omnipotencia corroborada por la experiencia- permite pensar en algo sobre lo que Winnicott -al no darlo por supuesto- puso mucha atención: el origen y las vicisitudes de la omnipotencia primaria. En este sentido Winnicott propone que será una madre “devotamente” atenta la que, a través de múltiples y muy determinados gestos, permite que su hijo se encuentre con el objeto toda vez que lo desea, son las innumerables operaciones que la “madre suficientemente buena” hace de manera espontánea las que permiten que ese encuentro entre lo que el bebé desea/necesita se halle al alcance de su mano, con una característica fundamental: esa paradoja por la que el bebé siente que crea lo que ya estaba ahí para que fuese hallado nunca se desvelará, nunca se le preguntará al bebé si al objeto lo creó o lo encontró. Ese movimiento de esta madre no hay que darlo por supuesto, esa omnipotencia primaria no tiene asegurada su existencia, es -como nos muestra Winnicott- el resultado de un vínculo complejo y específico.

Existen en el artículo varias referencias más a este supuesto que venimos revisando, algunas citas en este sentido serían:

-“El narcisismo primario que suponemos al niño....” (p. 87)

-“Hablando de la sobreestimación ligada al narcisismo Freud dice:...así prevalece una compulsión a atribuir al niño toda clase de perfecciones y a encubrir todos sus defectos” (pág 87)

-“Sobre el yo ideal recae ahora el amor de sí mismo del que en la infancia gozó el yo real” (pág.91)

-“El narcisismo aparece desplazado a este nuevo Yo Ideal que, como el infantil, se encuentra en posesión de todas las perfecciones valiosas” (p.91)

Cabe preguntarse: ¿por qué Freud postula, de esa forma, este supuesto que -como sabemos- implica cuestiones tan importantes para la teoría y la clínica psicoanalítica?.

Entre muchas variables posibles, parte de la respuesta podemos buscarla en algunos aspectos personales de Freud y aquí viene en mi auxilio una cita del propio Freud que en la página 77 del artículo nos deja leer: “familiaricémonos con la posibilidad del error, pero no nos abstengamos de extender -de manera consecuente- el supuesto escogido.....” Sigamos entonces.

Y ya que de narcisismo hablamos, ¿Cómo no asumir que es nuestra propia historia, nuestra biografía afectiva, una de las fuentes más ricas -y más sesgadas- para poder ver -y dejar de ver- fenómenos psíquicos de todo tipo?

Si nos asomamos, aunque sea someramente, a la biografía del propio Freud, al momento vital que coincidiría con la constitución de su narcisismo infantil, ese que permite sentirse *Su Majestad el Bebé*, nos encontramos con datos que casan muy bien con lo descrito por él, vemos que el propio Freud tuvo a su alcance todos los elementos para tal reinado y además reinó...y vaya si reinó! Esta afirmación podría verse corroborada con solo valorar su obra, su autoestima que se deja ver claramente en su tesón sostenido a lo largo de muchas décadas, en la convicción que lo acompañó en su producción, en el temple con el que soportó las críticas y las crisis que atravesó al desarrollar la teoría psicoanalítica, con los problemas, conflictos y provocaciones -muchos de gran envergadura- que generó tanto como padeció.

Pero además de ese dato de orden macro veamos algunos otros:

El propio Freud escribió algo muy revelador: “Cuando un hombre ha sido el favorito indiscutido de su madre, logra conservar durante toda la vida un sentimiento de vencedor, esa confianza en el éxito a menudo conduce realmente al éxito<sup>8</sup>”. Además de este vínculo privilegiado con la madre hay que señalar que Freud estableció un vínculo temprano muy intenso con una niñera, mujer que pudo haber sido –tal y como lo sugiere el propio Freud- su primera maestra sexual-. Basándose en este hecho Peter Gay comenta que Freud “disfrutó pues, de la atención de dos madres<sup>9</sup>” (p.30)

Ernest Jones, en su biografía, define el sentimiento de la madre hacia Freud como de adoración y sabemos que además de “mi negrito” -por la cantidad de pelo con el que nació- le decía “mi áureo Sigi”...algo así como “mi Sigi de oro”.

Cuando una anciana, en un restaurante y a cambio de unas monedas, le dijo a la madre que había traído al mundo un gran hombre, la orgullosa madre le creyó, ya lo sabía: el bebé poseía manto y ropaje de héroe, venían tejiéndose para él desde la misma cuna (Jones, 1933).

Sabemos que tiempo después, este clima inicial se mantenía en la vida del niño Freud y quizás, aumentado: con 8 años Freud tenía privilegios en relación a sus hermanos que iban desde poder disfrutar de la única lámpara de queroseno que había en casa para estudiar, hasta la retirada del piano de su hermana porque a él le molestaba el sonido en sus tiempos de lectura.

Parece que Freud llevaba razón cuando creía que esa fuerza tomada de la relación con la madre y por lo tanto de naturaleza vincular, puede durar toda una vida. En una carta que le escribe en 1885 a Martha Bernays, su novia y futura esposa, él tenía a la sazón 29 años, aparece una cita que uno de sus biógrafos –Peter Gay- ha tomado para abrir su monumental biografía sobre el padre del psicoanálisis, en ella leemos: “casi he completado una empresa que algunas personas, aún no nacidas pero destinadas a la desdicha, lamentarán considerablemente -se refería a sus futuros biógrafos. He destruido todas mis notas de los últimos catorce años...”

Freud describe la época de su infancia como aquella en la que (cito) “todo muchacho judío diligente –y él lo era- llevaba en su cartera un portafolio de ministro”. Llama la atención la similitud de esta cita con la de Winnicott, con una salvedad: -a diferencia de cómo lo plantea Freud- el psicoanalista inglés deja abierta la posibilidad de que ese ministro no llegue nunca a ejercer.

Ya que el propio Freud nos enseñó que es en gran medida el narcisismo de los padres -y especialmente el de la madre- transferido a su bebé, el que ayudaría a constituir el narcisismo infantil, veamos, entonces, algunos rasgos de la madre de Freud e imaginemos el narcisismo del que era portadora esta singular mujer.

Es importante saber que –en palabras del propio Freud- de ella heredó su “sentimentalismo”, refiriéndose al vivo temperamento de la madre, incluyendo las apasionadas emociones de las que ella era capaz.

La madre era hermosa, esbelta, tenía un espíritu alegre y despierto y veintiún luminosos años cuando dio a luz a Sigmund, su primogénito, con todo el valor añadido que tal condición suele traer consigo.

Esa fue la madre de Freud, la misma mujer que cuando cumplió noventa años rechazó como obsequio un hermoso chal alegando que “le haría parecer demasiada anciana” y que con noventa y cinco -seis semanas antes de morir- al ver una fotografía suya

publicada en un periódico comentó: “es una mala copia, me hace aparentar un siglo de edad” (Jones, 1932).

Son solo algunos trazos que nos permiten imaginar cómo era la autoestima de esta madre y cómo desde esa reconfortante relación consigo misma depositó en su hijo Sigmund aquello que a él le daría las peculiares señas de identidad que conocemos.

Beneficiado de estas felices vivencias, ¿podría Freud postular un inicio de la vida diferente a como lo hizo?

No todo en su desarrollo temprano fue tan feliz, es cierto que debió soportar la pérdida de su hermano Julius, que falleció con solo ocho meses de edad cuando Freud tenía menos de dos años (17 meses). Sabemos que Freud mantuvo con este temprano y doloroso hecho una relación muy ambivalente, que lo llevó del esperable impacto afectivo – el tema aparece en su autoanálisis en más de una ocasión- a la negación manifiesta, como la que se observa en este párrafo de una carta que le escribe a Sándor Ferenczi el 10 de enero de 1910: “En mí no se da la necesidad de ayudar a los demás y ahora comprendo el motivo: no he perdido a ningún ser querido en mi infancia”<sup>10</sup>

Sería interesante preguntarse cómo influyó la relación de Freud con su padre en relación con el tema del narcisismo, pero eso merecería, claro, otro trabajo.

## REFERENCES

Freud, S. (1914). *Introducción al Narcisismo*. En *Obras Completas*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1978

## NOTAS

<sup>1</sup> Trabajo leído en Madrid, 8 Febrero 2008, Instituto de Psicoterapia Relacional - En torno a la intervención del Dr. Andrew P. Morrison sobre "Fenómenos narcisistas y vergüenza"

<sup>2</sup> Augusto Abello Blanco es psicoterapeuta de orientación psicoanalítica. Miembro del Instituto de Psicoterapia Relacional y de IARPP-España.

<sup>3</sup> “El narcisismo en Freud” en “Estudios sobre Introducción al narcisismo de Sigmund Freud. Ed Julián Yébenes.

<sup>4</sup> Es posible que Freud haga referencia con esta frase, como apunta Strachey, a un conocido cuadro de la época eduardiana que llevaba ese título y mostraba a dos policías londinenses deteniendo el farragoso tráfico para que una niñera pudiera cruzar la calle empujando un cochecito de bebé. Los coches de caballo se suben unos a otros en un verdadero accidente múltiple al servicio de que ese bebé cruce con la tranquilidad de un príncipe.

<sup>5</sup> “La Teoría de la Relación entre progenitores e Infantes”. 1960

<sup>6</sup> “Teatros de la Mente”. Pág.117

<sup>7</sup> Es interesante mencionar, como lo ha hecho H. Kohut en su artículo “La rabia narcisista”, que Freud, en su 31ª Conferencia de 1933 (Vol XXII, Amorrortu editores, páginas 61 y 62) comenta en relación con el caso de Guillermo II: “Lo común es que la madre a quien el destino ha deparado enfermo o con alguna otra tacha busque resarcirlo de esa injusta desventaja mediante un exceso de amor. En el caso que nos ocupa la madre actuó de otro modo: privo de su amor al hijo debido a su deformidad” (Guillermo II tenía un brazo defectuoso desde su nacimiento) Podemos observar que Freud se refiere al amor de la madre como aquello que suele ser “lo común” –parece algo menos determinista- y solo parece entender o explicar el desamor de esta madre a causa del defecto de su hijo.

<sup>8</sup> “Freud, Vol I, E. Jones, Pág.34, Barcelona: Salvat.

<sup>9</sup> “Freud”, Peter Gay. Barcelona: Paidós

<sup>10</sup> Citada por Luis M. Cabré y Agustín Genovés en su trabajo “El caso Elma. Un punto ciego en la contratransferencia de Freud”. *Revista de psicoanálisis. APM*. Octubre de 1996.